



EL
TIEMPO
DE LA
NOCHE

WILLIAM
SLOANE

Prólogo de
Stephen King

M CLÁSICOS MINOTAURO

WILLIAM SLOANE

EL TIEMPO DE LA NOCHE

minotauro

Título original:
To Walk the Night

Traducción de Ricardo Gosseyn

Primera edición en esta presentación: mayo de 2016

© William Sloane, 1954

© Prólogo de Stephen King

© Traducción del prólogo, Manuel Mata, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 1960, 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0370-1

Depósito legal: B. 7.813-2016

Fotocomposición: gama, sl

Impresión: Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

(Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

<i>Prólogo</i> , STEPHEN KING	5
<i>Introducción</i> , BASIL DAVENPORT	11

EL TIEMPO DE LA NOCHE 15

Prólogo	17
1 Fin del atardecer	19
2 Fin de semana otoñal	35
3 Las estrellas son fuego	47
4 Interregno	65
5 Belleza para cenizas	79
6 Transición aparente	93
7 Las minucias se suman	105
8 Preguntas, no respuestas	121
9 Interrogación	131
10 <i>Cras amet qui nunquam amavit</i>	147
11 Acontecimientos que conducen a un telegrama	167
12 Trozo de conversación	183
13 Cloud Mesa	197
14 Alguna vez es ahora	211
15 Luz temprana	217

1

Fin del atardecer

La carretera empezó a descender. El viejo taxi dobló estremeciéndose y resbaló pesadamente cuesta abajo. Los neumáticos rodaron sobre la grava con un ruido áspero y seco. Sin abrir los ojos, supe que llegábamos ya a la casa. Sólo un minuto de descanso en este gastado sedán, trasladándome sin esfuerzo y sin pensamiento. Luego, el narcótico del viaje, la rendición al movimiento del tren y el automóvil se disiparían. Durante tres mil quinientos kilómetros y tres días yo había intentado imaginar este momento: las ruedas dejarían de girar y yo debería decidirme.

El aire que entraba por la ventanilla era más frío, con la frescura del estrecho. Me enderecé de mala gana y miré hacia fuera. La casa se alzaba a unos quinientos metros. Había un brillo de agua entre los árboles, de un azul acerado. Las luciérnagas aparecían ya en los laureles del camino, y los abedules reflejaban la luz crepuscular. Llegábamos. Quise decirle al conductor que aminorase la marcha, que yo no estaba preparado aún para el fin del viaje. Pero callé, me arreglé la corbata, y me limpié el polvo de los zapatos.

Doblamos la última curva y dejamos atrás los árboles. El contorno familiar de la casa se alzaba oscuramente sobre los rápidos del estrecho, y en las ventanas del frente y la puerta cochera no había luces. Mejor así. Mi mensaje para el padre de Jerry no requería luces o bienvenidas. En ocasiones anteriores, ha-

bía habido un fulgor en las ventanas e impaciencia en mis pensamientos. La impasible faz del edificio no me recordaba ahora, por lo menos, aquellas otras veces.

El coche se detuvo frente a la puerta. Thomas había estado escuchando, quizá, del otro lado. Salió en seguida. Un rayo de luz amarilla se derramó sobre el umbral, interrumpido por la sombra móvil de Thomas que bajó los dos escalones. Su modo de caminar, con la cuidadosa rigidez de los viejos, me sorprendió; no lo recordaba así. La casaca de mayordomo, cortada por el sastre del doctor Lister, no se le ajustaba al cuerpo, y su porte abatido era algo nuevo también. Viéndolo venir a mi encuentro todo me pareció más real, y menos tolerable. Sentí un nudo en la garganta, y durante algunos segundos, mientras pagaba al conductor y sacaba la maleta del coche, preferí no hablar. Los cansados miembros, advertí, me obedecían apenas, y me oí gruñir mientras tiraba de la maleta.

—Hola, Thomas —dije, y mi voz sonó ásperamente.

—Señor Berkeley —replicó Thomas, pronunciando mi nombre a la inglesa.

Aun en las sombras del porche alcancé a ver la dureza y el color grisáceo de su cara. La voluntaria inmovilidad de la boca y los ojos no revelaban ninguna emoción. Mi imagen de Thomas era muy diferente: un hombre más joven y más erguido, con la risa en los ojos, una risa que el decoro profesional reprimía en parte. Thomas, el Thomas con quien yo había crecido, sólo incidentalmente era un mayordomo. Hombre alto, moreno, podía manejar un foque como un marinero y acertar con su revólver a unas latas arrojadas al aire. Había sido, para Jerry y para mí, un compañero de juventud; el hombre que nos había enseñado a cabalgar, pescar y nadar. El Thomas de mis recuerdos en nada se parecía a este fatigado anciano que arrastraba mi maleta con un esfuerzo evidente. Me pregunté si mi propia cara habría cambiado como la suya. ¿Parecería yo veinte años más viejo?

Mientras cruzábamos el porche no pude evitar un traspié. Tenía las piernas dormidas, y caminar era un proceso laborioso y consciente.

Escuché detrás la voz grave de Thomas.

–Cuidado.

–No fue nada.

–Sí, señor, por supuesto.

Entré en el vestíbulo desnudo y frío. Habían sacado, al anunciarse el verano, casi todas las alfombras, y el oscuro piso de roble brillaba sombríamente bajo las luces de la pared. A la izquierda, una escalera ancha, de pesados balaustres, se elevaba en una curva, perdiéndose en la oscuridad; pero a la derecha, el vestíbulo iluminado se prolongaba cruzando la casa hasta un par de puertas dobles. Vislumbré más allá las orillas del estrecho y el color del crepúsculo. Como en veces anteriores, sentí la belleza de la casa, espaciosa, y de muebles grandes y cómodos. Las mujeres solían opinar que parecía un club. Pero nosotros gustábamos de su dignidad e impersonalidad, y de la ausencia de toda influencia femenina. No vivía allí ninguna mujer, y no había motivo para que tuviese otro aspecto.

Thomas encendió las luces de la escalera.

–Le hemos preparado su antiguo cuarto, señor –dijo, y empezó a subir lentamente.

–Pero –objeté– ¿acaso el señor no desea verme en seguida?

–El doctor está en la terraza, señor Berkeley. Pensó que usted preferiría lavarse y cambiarse antes de...

Thomas dejó inconclusa la frase, pero entendí a qué se refería. Había estado a punto de decir «antes de hablarle de la muerte de su hijo».

Seguí a Thomas escaleras arriba, pesadamente y sin replicar. La barandilla era pulida y sólida. Jerry y yo nos habíamos deslizado por ella, recordé, hacía mucho tiempo. Nada había cambiado, excepto Thomas. La casa conservaba aún su aire de paz y estabilidad, y a pesar de mi pena y mi cansancio, sentí otra vez que yo estaba unido a ella. Atravesamos el corredor hacia la puerta familiar.

–En casa otra vez, señor –dijo Thomas, y se le quebró la voz.

Era cierto. La habitación, amplia y de techo bajo, con ventanas que miraban al agua, su sillón de cuero azul marino, la an-

cha cama de nogal, el macizo y viejo escritorio en un rincón, y sus paredes cubiertas de libros, era mi verdadero hogar, mucho más que esos cuartos de huéspedes donde siempre me alojan cuando visito a Grace y su marido. Grace es mi madre, y con su segundo marido, Fred Mallard, ha vivido durante estos últimos quince años en una sucesión de elegantes apartamentos, con decorados teatrales, donde nunca hubo sitio para mí. Cuando yo dejaba el colegio, y más tarde la universidad, ocupaba simplemente el cuarto de huéspedes, y me trataban, también, casi como un huésped, salvo esos raros momentos en que Grace sufría un ataque de ternura maternal.

Cuando Jerry y yo nos hicimos amigos, el doctor Lister me adoptó prácticamente como un segundo hijo. Yo pasaba más tiempo en Long Island que con mi madre, visiblemente aliviada por haberse librado de mí. Su actitud no era totalmente egoísta. Confesaba que ella y Fred no eran gente que necesitase hijos, y yo ansiaba una cierta seguridad y estabilidad ajenas totalmente a su modo de vivir.

Aqué! había sido realmente mi cuarto desde mi tercer año de colegio. Jerry y yo habíamos llegado excitados a la casa, haciendo planes para el verano, y descubrimos que el doctor Lister nos había amueblado, arriba, dos habitaciones, instalando un baño entre ellas.

—Éste es tu cuarto —me había dicho el doctor—. Puedes hacer lo que quieras en él, siempre que lo conserves limpio. En el tiempo que no estés aquí, ningún otro podrá usarlo.

Yo había balbuceado mi agradecimiento. Me interrumpieron los gritos de Jerry que entraba en el cuarto por la puerta interior.

—¡Eh, Bark! ¿No es esto espléndido?

Era algo más que espléndido para mí. Era lo que siempre había necesitado: un lugar que fuese verdaderamente mío, y que siguiera siéndolo no importaba cuántas veces se mudara Grace. Yo había crecido en este cuarto.

Thomas empezó a vaciar la maleta. Esto me era familiar también. Lo había hecho cien veces. Aunque aturdido, lo vi inspec-

cionar como de costumbre las camisas y calcetines antes de ponerlos a un lado. Hábito adquirido al descubrir los efectos de la lavandería del colegio sobre botones y telas. Nuestro silencio no ocultaba ninguna pregunta. Thomas no esperaba, sabía yo, que le dijese algo, que le hablase de lo ocurrido. Como yo, trataba de no pensar. Lenta y torpemente empecé a desvestirme.

Cuando volví a mirarlo, Thomas había abandonado su tarea y se aferraba al respaldo de la cama. Contemplaba, estremeciéndose, el interior de mi maleta. Supe en seguida qué había encontrado. Me acerqué y alcé el vaso de plata. Jerry y yo lo habíamos descubierto un verano en París, en una tienda de antigüedades, y nos había atraído sobremanera. El metal era frío y pesado, y sus curvas plateadas reflejaban las luces y la habitación en confusas y distorsionadas imágenes. Durante un segundo lo odié. Y, sin embargo, era hermoso, con una perfecta y diminuta réplica de la Victoria Alada en la tapa, y una base de líneas griegas que subían envolviendo el cuerpo del vaso.

Lo puse en el ancho alféizar. La diosa se adelantaba con alegría hacia el estrecho oscuro y los amplios espacios del cielo crepuscular. A sus pies, en el seno del vaso, había dos puñados de cenizas blancas y cristalinas, las cenizas de Jerry.

–Lo dejaré aquí por ahora –dije.

–Sí, señor. –Thomas volvió a la maleta–. ¿Cenó ya, señor Berkeley?

–Comí algo en la estación. No tengo apetito.

Thomas inclinó la cabeza, cerró la maleta, y la metió en el armario.

–Le prepararé el baño, señor. ¿Lo quiere caliente?

–No. Tibio.

–Sí, es lo mejor en este tiempo.

Thomas desapareció en el baño.

Terminé de desvestirme, incapaz de atender a lo que hacía. Cuando uno pasa varios días durmiendo a ratos todo comienza a hacerse irreal. Mi memoria proyectaba ante mí unas imágenes inconexas, y a veces me parecían más reales que las cuatro paredes del cuarto. Eran imágenes que yo no quería ver, pero

que me asaltaban en rápida sucesión a pesar de mí mismo. ¿Qué pasará, me dije, si trato de dormir esta noche? ¿Cuántas de estas imágenes se alzarán ante mí, una y otra vez, antes de hundirse en la oscuridad? Casi exhausto, me asustaba aún la idea de cerrar los ojos.

La ducha me hizo bien. El placer físico del agua bastaba para interrumpir en parte mis pensamientos, y era agradable sentirse limpio otra vez después de tres días de viaje. Acompañado por el golpeteo de la ducha tarareé en voz baja:

Tendré una cita
contigo ...

No, no esa canción. Ya no habría citas para Jerry y para mí.

Suave sobre la fuente
vacilante cae la luna del sur,
lejos sobre los montes ...

Lejos sobre los montes. Lejos sobre el alto acantilado de Cloud Mesa con la blanca casa de adobe a la sombra, en primavera. No quería, tampoco, pensar en eso. Cerré el agua y me sequé lentamente. Cuanto más me apresurara, más pronto debería hablar con el doctor Lister.

Thomas había preparado unos pantalones de franela, una camisa blanca de algodón, y una de las chaquetas que Jerry y yo habíamos usado para salir a la terraza y beber contemplando el agua y la noche de verano. Eran las noches que no había baile en el club, o no nos atraía la idea de un paseo. Me vestí, sintiendo la agradable frescura de la ropa limpia, me peiné, me puse en el bolsillo la pipa, la tabaquera y los fósforos, y bajé al vestíbulo.

La rutina familiar había hecho soportable la última media hora, pero al bajar la escalera sentí otra vez aquella angustia. Se acercaba lo peor, lo sabía. En la terraza, el padre de Jerry esperaba mi versión de la historia, pero esto no me preocupaba de-

masiado. La ecuanimidad del doctor Lister era proverbial. Nunca conocí a un hombre con tal dominio de sí mismo. La noticia de que la muerte de Jerry había sido un suicidio no mellaría su armadura. Y como yo era también, casi, su hijo, todo sería más fácil para ambos.

Mi temor nacía de algo muy distinto. Narrarle las circunstancias de la muerte no sería difícil. Pero debía presentar una historia que pareciese natural, y no era natural. Era, en la superficie, trágicamente irracional e inexplicable. El suicidio no concordaba con el carácter de Jerry, y el doctor Lister lo sabía tan bien como yo. Ante todo me preguntaría por qué. Casi ya en el vestíbulo pensé cómo respondería a esa pregunta sin decirle algo de aquello que yo sabía y creía.

Esto era peligroso. Lo que el doctor querría saber no podía presentarse como un hecho tangible, con sucesos y gentes comunes. Admití, por vez primera, que entre la muerte de Jerry y algunos sucesos mínimos, pero perturbadores, del pasado podía haber quizá alguna relación. En qué se basaba esta relación yo no lo sabía; pero, estaba seguro, no quería tampoco saberlo. Admitir esa posibilidad bastaba para hacerme sentir una tirantez interior ya familiar. Era, comprendí, miedo. Miedo de un pensamiento informe y oscuro, tan insustancial como un fantasma.

Pero el doctor Lister no creía en fantasmas. Y yo tampoco, realmente. Contaría mi historia como si esa sombra no existiera. Nada más. Evitaría que sospechase, como yo, algo horrible detrás de los hechos. Si el doctor empezaba a recordar y ordenar el pasado, vería, él también, un fantasma. Pensaría luego, deteniéndose aquí en un hecho, allá en una impresión, pesando las pruebas, y completando al fin la historia.

En aquel rompecabezas no faltaba ninguna pieza, de eso estaba yo seguro. Si yo las examinara con atención, si pensara en ellas, se ordenarían en una imagen de la verdad, y esta certeza me aterrorizaba. No quería volver, de ningún modo, a los sucesos de los dos últimos años. Pero si el doctor Lister atisbaba esta imagen, no se detendría. Querría llegar a los cimientos. Recordé las tremendas líneas de Donne:

Aquel que venga a amortajarme no dañe ni examine demasiado la suave trenza de pelo que me envuelve el brazo; el misterio, el signo que nadie debe tocar.

Cuando amortajásemos a Jerry con palabras, esa noche, no debíamos investigar demasiado. No había sido feliz; su matrimonio no había correspondido a sus esperanzas, y había buscado la muerte. Éstos eran los hechos. Si había algo más, era mejor que quedase en la sombra. Yo contaría mi historia con cuidado, sin traspasar, mientras fuese posible, los límites de la verdad, pero suprimiendo entretanto algunas cosas. No sería prudente, por ejemplo, decir que ella estaba en el cuarto cuando Jerry había sacado el revólver del cajón y... Pero yo me sentía cansado, y apenas dominaba mis pensamientos. Tendría que estar alerta.

Las puertas dobles del extremo del vestíbulo estaban todavía abiertas. Salí a la terraza. Bajo la balaustrada el terraplén de hierbas descendía hasta la playa y las olas. A los lados, los árboles se agrupaban como densos racimos de sombra. En el aire flotaban las calladas chispas de las luciérnagas. No había viento. Casi en el cenit se abría la gran constelación de Escorpio. Recordé otra noche con aquellas mismas estrellas, y un olor muy distinto del de las flores bajo la balaustrada.

El doctor estaba sentado ante la mesa del jardín, de hierro blanco, a mi derecha. Sobre la mesa había un farol, una alta botella de jerez y dos vasos. La luz amarillenta le aclaraba aún más las canas, y le ensombrecía las órbitas. No advertí en él signos de tristeza. Tan erguido como siempre, extendía un brazo sobre la mesa sosteniendo entre los largos dedos de cirujano un vaso de jerez. Ésa era su costumbre en verano, a la caída de la noche: sentarse allí a beber jerez. El hecho de que estuviese también allí aquella noche me pareció admirable y me tranquilizó de algún modo. Me adelanté por las losas de piedra y me senté ante él.

—Hola, Bark —dijo el doctor, y sonrió.

—Hola, papá.

Al doctor le agradaba que yo lo llamase así.

–En esta época del año viajar en tren debe de ser sofocante e incómodo –dijo, y me sirvió un vaso de jerez con mano firme.

Alcé el vaso y miré a través del vino la llama del farol.

–Sí. –El jerez no era ni dulce ni seco, y de un cuerpo notable–. Buen vino.

–El mejor. ¿Cómo te sientes?

–Cansado. No pude reservar pasaje en avión.

El doctor me miró.

–Podemos hablar mañana. No creas que debas hacerlo ahora.

–Gracias. –El doctor calló, pero siguió mirándome como si quisiera leer en mi cara. Aparté los ojos y añadí–: Traje las cenizas en el vaso de plata. Pensé que a él le gustaría.

–Hiciste bien.

Siguió un silencio y oí el zumido de un insecto que golpeaba los vidrios del farol, y el débil ruido del agua, allá abajo. El doctor esperaba a que yo hablase, y comprendí que debía decir algo que ayudara y aliviase el tormento de su espera. Pero nada había que decir excepto «Jerry ha muerto y he traído las cenizas en el vaso de plata». Cualquier palabra que yo pensase resonaba huecamente en mi mente vacía.

–No trates de hablar, Bark. Quédate conmigo unos pocos minutos y luego iremos a la cama.

Hice un nuevo esfuerzo y dije:

–Ocurrió al día siguiente de mi llegada. Al atardecer, un poco más temprano que ahora. No le conté todo en mi telegrama. Jerry... se suicidó.

Las palabras del doctor revelaron totalmente su carácter.

–Ah. Me preguntaba qué clase de accidente habría sido.

–Eso fue –dije.

El doctor calló un rato. Habló al fin con una voz remota, desinteresada.

–Dime cómo ocurrió.

Éste es el punto peligroso, me dije a mí mismo. Si lo que digo ahora no lo satisface, seguirá las huellas de ese misterio que es preferible ignorar.

–Entró en el estudio. A los pocos minutos oímos el disparo. El cuerpo yacía sobre el escritorio. El revólver estaba en el piso. Nada pudimos hacer.

–¿Pudimos?

–Ella y yo.

–Ya. –El doctor bebió cuidadosamente un sorbo de vino–. ¿Y no dejó una carta, una nota? ¿Algo que explicara su decisión?

–No. –Yo no quería que el doctor pensara en eso así que añadí rápidamente–: Llevé el cuerpo al coche y fui hasta Los Palos. Tan pronto como terminé con el comisario y el hombre del cementerio, tomé el tren para casa.

–¿Y ella?

Otra pregunta que no quería oír.

–No sé.

–¿No fue a Los Palos contigo?

–No.

–No la habrás dejado allí...

Lo miré fijamente y dije:

–Cuando iba a salir, ella ya no estaba en la casa.

El doctor me miraba confundido, y advertí que, sutilmente, había comenzado a dudar de mi historia.

–¿No volviste a verla, entonces?

–No.

–Raro, muy raro, y nada acorde con tu carácter, Bark. –Hizo una pausa–. ¿Sabes dónde se encuentra ahora?

–No.

–Oye, muchacho –dijo el doctor finalmente–. De algún modo tengo la impresión...

–No tenga ninguna impresión, papá. No sé dónde estaba cuando dejé la casa, pero creo que había subido a la meseta. Yo no sabía cuándo volvería, y no podía esperar. No le pasará nada. Los hombres del *sheriff* llevaron el coche. Puede dejar la casa cuando quiera.

El doctor clavó los ojos en el agua. El nítido contorno del perfil, la nariz de arco alto y pronunciado y la barbilla redonda, era un bronce opaco estampado en la noche. Reconocí en su

rostro –la serenidad de la mirada, la calma determinación de las líneas de la boca– la expresión con que operaba algún caso particularmente difícil.

–Bark –dijo al fin–, ¿estás enamorado de Selena?

La pregunta me sorprendió. El doctor había dado muy lejos del blanco.

–¡Dios, no!

–Pero quizá temas enamorarte de ella.

–Nunca sentí nada semejante.

–Pensé también alguna vez –continuó el doctor– que Jerry te preocupaba. Que temías de algún modo un fin parecido. ¿No es así?

Me sentí aliviado. Podía explicar ahora, lógicamente, mi inquietud.

–Sí –dije–. Así es.

El doctor apartó la vista de las oscuras aguas del estrecho y me miró fijamente.

–Pero entonces, ¿qué temes aún? Ha ocurrido. ¿Qué queda ahora?

–Nada –repliqué sin mirarlo a los ojos.

–Escapaste de ella. No lo entiendo.

–Jerry me dijo que Selena iba a menudo a la meseta, de noche. La dejé porque me pareció lo mejor. Pensé que era su deseo.

–Ya –dijo el doctor con un tono totalmente falto de convicción. Luego, al rato, añadió en voz baja, y como para sí–: No puedo creer que un hijo mío se haya suicidado. Aunque su mujer...

Por vez primera la voz le tembló ligeramente.

–Olvídelo –dije, y luego entendiendo que su orgullo y su fe en el carácter de Jerry se tambaleaban añadí con rapidez–: Él no se mató por cobardía.

–El suicidio no es un acto de coraje.

Nada pude responder a esto. Era su credo, y había sido, yo hubiera podido jurarlo, el credo de Jerry. El doctor continuó, con lentitud:

–Si me hubiese recordado...

Durante un instante la dureza de su rostro pareció disolverse, desnudando su pena y su desesperación.

–¡No! –exclamé–. ¡No! Lo recordó. No hubo tiempo... –y callé, aterrado.

El doctor reaccionó en seguida.

–No me has dicho todo.

–No, no todo.

–¿Lo mataron? –No respondí y el doctor insistió entonces–: ¿Lo asesinaron? ¿Lo mató Selena?

Advertí en sus preguntas la violencia de sus emociones, tan reprimidas hasta ese momento.

–No –le dije–, se suicidó.

–Ah –dijo el doctor, sereno otra vez–. Estabas en el cuarto.

–Sí –dije.

–Y ella también estaba.

Era una declaración, no una pregunta.

–Sí –dije solamente.

El doctor me observó en silencio.

–¿Me contarás todo ahora? –me dijo al fin, dulcemente.

–No servirá de nada, papá, y puede hacernos daño. Lo esencial está en los hechos, y usted ya los conoce. No me pregunte más, por amor de Dios.

El doctor me miró serenamente, y como había ocurrido en otras ocasiones, supe qué pensaba. Habíamos estado juntos, los tres, durante quince años, y toda reserva estaba de más. En el pasado había habido entre nosotros una confianza absoluta, y una unión inquebrantable, y el doctor pensaba que yo lo contaría todo. Yo no callaba por evitarle, o evitarme, alguna tristeza. Callaba, no podía negarlo, por miedo; miedo de algo intangible, y difícil de formular en palabras. Qué temía yo exactamente, no lo sabía. Comprendía, sin embargo, que si yo empezaba a hablar todo sería más claro, y también más horrible. Era algo, me decía algún instinto, que debía permanecer en las sombras. Si por mi silencio yo perdía la confianza del doctor, y arruinaba una relación que me era muy querida, éste sería aún el menor de los males. Llené mi pipa, la encendí, y no hablé.

Lo que quebró mi decisión fue algo tan trivial y fortuito que no pude defenderme. En el silencio total que nos rodeaba, oí de pronto el clic, clic, clic de las uñas de un perro contra las losas. Más allá del doctor Lister, en la penumbra del farol, vi una oscura forma familiar. Se acercó a mí decididamente y con alegría, moviendo la cola, y mostrando una lengua triangular y rojiza. *Boojum*, el scotty de Jerry. Suavemente me puso una negra pata en el muslo. Inclínaba la cabeza y le brillaban los ojos. Me pareció ver en ellos la inevitable pregunta, y algo cálido me subió a la garganta. Le acaricié el hocico y le rasqué las orejas. El animal lloriqueó.

–*Boojum* –quise decir, y no pude.

El doctor se movió en la silla.

–No es posible, Bark. No sé qué es, pero nada estará bien hasta que hables.

Mi decisión se derrumbó. Jerry había sido mi mejor amigo. Permitir que su padre siguiese creyendo que se había matado en un rapto de locura era totalmente injusto. Y, sin embargo, cuando empecé a hablar sentí el sobresalto de quien advierte que ha cometido un error, un error irreparable.

–Hay algo, sí –dije–. No sé qué es, pero hay algo.

–Habla.

–No sé qué es, papá, pero Jerry lo descubrió, y se suicidó. No quise pensar en eso, y no quiero pensar tampoco ahora. No es nada común. Se relaciona con Selena, y LeNormand, y muchas cosas que ocurrieron en los dos últimos años.

–Si por eso se suicidó mi hijo, tengo que saberlo. Y si es un problema de justicia...

–No, no es un problema de justicia.

–O aun –y la voz del doctor era fría como el acero– de venganza...

Alcé los ojos hacia la noche, poblada de estrellas innumerables.

–No es posible vengarse de sí mismo –dije.

Boojum se había tendido a mis pies. Le temblaba ligeramente el cuerpo, como un coche que espera con el motor encendi-

do. El doctor Lister se inclinaba hacia mí y hacía girar el vaso de jerez entre los largos dedos. La noche era una bóveda sobre nosotros, donde morían mis palabras.

Le dije qué había ocurrido cuando murió Jerry. El doctor me escuchó aparentemente tranquilo, pero advertí que se le endurecía el rostro, y que el vaso giraba más lentamente entre sus dedos. Nada callé, desde mi salida de Nueva York, excepto algo que sólo para mí podía tener significado. Le hablé, incluso, de mis pensamientos en la escalera, y de mi miedo.

–Y no sabes qué es –dijo el doctor cuando acabé de hablar.

–No.

El doctor bebió un sorbo de vino.

–Podríamos entenderlo entre los dos, si pensáramos un poco.

–No quiero pensar más.

–Seguirá entonces emponzoñando tu mente, y la mía también. Me preguntaré siempre si no podrías haberme dicho algo que... que hiciese esto menos intolerable.

–No quiero morir –dije–. Jerry pensó en esto, y por eso no vive ahora.

El doctor se inclinó hacia delante, puso su mano en mi mano y me preguntó:

–¿Y en qué basas tú el valor de una vida?

Para el doctor, quizá para mí, era aquella una pregunta fundamental. El doctor basaba el valor de la existencia en la integridad, y así me lo había enseñado. Integridad de la mente, la voluntad, la lealtad a los seres queridos. Creía que el propósito de la vida era vivirla bien, y si no podía explicarse el suicidio de Jerry, algo mancharía para siempre su memoria. Recordé que una vez, en una charla sobre la vida y la muerte, y el género humano, y otras incomprensibles generalidades, el doctor se había vuelto hacia mí y me había dicho, gravemente: «El único pecado imperdonable es la debilidad».

Y ahora pensaba que su hijo había caído en una debilidad vergonzosa. Aquel suicidio sacudía los cimientos de su existencia, ponía en cuestión las enseñanzas que había prodigado a

Jerry. No había para él nada más importante que sondear los motivos de ese suicidio, y descubrir en ellos coraje y honor.

No era fácil para mí. Aunque yo quería a Jerry y al doctor como a nadie en el mundo, no me parecía a ellos. No creo necesario que el coraje y el honor dominen la conducta de un hombre. Se ha de nacer, para eso, con una mente aristocrática, espartana, y no era tal mi caso. Hay en mi familia un modo de ser amistoso, fácil, quizá insustancial que yo comparto de algún modo. Pero más que esas influencias me importaba ahora el recuerdo de dos días y dos noches en la meseta. Le había narrado al doctor aquellos sucesos, casi como aparecerán en este libro, pero no podía describirle el tono raro, tirante de la voz de Jerry —un tono que nunca le había oído—, ni la tristeza impersonal y tranquila de los ojos de Selena. Me pregunté si ella estaría, en aquel mismo instante, en la chata cima de la meseta, mirando las estrellas de occidente. Y si era así, ¿qué habría en su corazón? La imaginé allí, y tuve una rara sensación de alarma. Quizá ella, a su vez, me imaginaba aquí, y extendía los dedos de su terrible inteligencia hacia mi mente. Sentí frío. No quería que ella me recordase.

La pregunta del doctor pesaba aún gravemente en el aire. Yo no había respondido. Si la vida tenía para mí algún significado, éste dependía de mis relaciones con la gente que yo amaba, y si yo quería preservar la más importante de esas relaciones, debía hablar, debía mostrarle al doctor todas las piezas. Y entonces aquel miedo innominado tendría nombre, y lo que ocurriría luego no podía ni siquiera sospecharlo.

—Muy bien —dije, con desesperación y terror—. Le diré el resto. El doctor sonrió.

—Bien. Sabía que lo harías. —Sacó entonces un cigarrillo, lo encendió, y llenó otra vez los vasos—. Encontraremos la respuesta. No hay nada que la inteligencia humana, usada apropiadamente, no pueda resolver.

—Oh, sí, hay —repliqué tratando de transmitirle mi convicción—. Poco podrá hacer su inteligencia en este asunto, si es lo que creo. No se trata de una novela policial, ni de un problema deductivo.

El doctor me miró con cierta sorpresa.

–Bueno, no sé de qué hablas. Pero pienso que...

–No piense –le dije–. El pensamiento no lleva aquí a ninguna parte. No aplique a mis palabras su lógica o su mente científica. De esto, por lo menos, estoy seguro. La respuesta no guarda relación con algo que usted o yo sepamos, sino, quizá, con algo que ignoramos. Y es posible que no haya respuesta.

–Ya veremos –dijo el doctor con tranquilidad.

–Sí –respondí–, veremos, pero no con la lógica. Ya intentamos antes comprender lógicamente la muerte de LeNormand, y fracasamos. Ahora usted quiere saber por qué Jerry se suicidó. Es algo que yo nunca querría saber. Pero le ayudaré, si puedo. Jerry lo descubrió, aunque no pensando.

La mirada del doctor era una pregunta.

–Lo descubrió –dije brutalmente– viviendo con eso.

–Ah. –El doctor apretó el vaso–. Entonces todo comenzó con el matrimonio.

–No. Antes.

El doctor hizo un signo afirmativo.

–Cuando se conocieron.

–El día anterior. –Me acomodé en la silla y encendí otra vez la pipa–. El día, hace casi dos años, que Jerry y yo fuimos al estadio.

Y cuando comencé a hablarle al doctor de aquel día, sentí la fría presencia del destino. Cualquiera que fuese el fin, era ahora inevitable.